

9-IX-85

*Y Ahora, ¿por Dónde?*

# Hay Timón Pero no Rumbo

POR LORENZO MEYER

**T**ENGO la impresión de que el presidencialismo mexicano ha recuperado, ha reafirmado su control sobre el timón, pero ha perdido el rumbo. El proyecto de país que inauguró el triunfo de la Revolución Mexicana no se hizo evidente de inmediato. A la heterogeneidad de las fuerzas que participaron en la destrucción del antiguo régimen correspondió una diversidad de visiones en torno al futuro apropiado para un país como México. Fue necesaria una larga lucha entre los vencedores para que un proyecto se impusiera definitivamente sobre los demás. Una vez consumada la derrota del cardenismo en 1946, el ala izquierda del nuevo régimen perdió su fuerza y se abrieron las puertas al modelo definitivo.

La destrucción política de sus enemigos internos, el auge de las exportaciones provocado por la II Guerra Mundial y una relación cordial con Estados Unidos, permitieron al gobierno de Miguel Alemán proponer la gran meta y lograr el consenso para alcanzarla. Como bien lo señala Blanca Torres, esta meta era nada menos que una "utopía industrial" que buscaba "la creación de una amplia y variada industria y de una agricultura tecnificada, que serían la base de la independencia económica de México y del fortalecimiento de su independencia política". Así pues, la industrialización basada en la sustitución de importaciones debería ser, según el propio Alemán, la clave para crear "una economía de abundancia", es decir, la utopía.

★

**E**N aras de esa abundancia futura de bienes materiales, los alemanistas decidieron, de manera consistente, sacrificar la otra cara de su proyecto original: la modernización política y administrativa de México. En efecto, el autoritarismo y la corrupción que se condenaron en los discursos iniciales de 1946 no fueron superadas sino que se ahondaron.

Se puede estar o no de acuerdo con el proyecto alemanista —yo no lo estoy— pero no se le puede negar a su creador la calidad de estadista, pues logró trazar un rumbo que mantuvo su vigencia más allá del sexenio. Los sucesores de Alemán prácticamente no

innovaron, simplemente llevaron hasta sus últimas consecuencias el proyecto original.

Como todos sabemos, la política económica del alemanismo se transformó en el "milagro mexicano", timbre de orgullo y razón de ser de la clase política posrevolucionaria. Sin embargo, tan ambicioso proyecto se agotó en poco menos de tres decenios sin haber logrado su propósito, víctima de sus contradicciones internas y de los cambios de la economía mundial. Echeverría intentó, aunque sin éxito, forjar una alternativa. Su fracaso fue estrepitoso y sólo consiguió dar una mala reputación al término populismo y cancelarlo como opción.

★

**L**OPEZ Portillo tuvo la suerte de asumir el poder en el momento en que coincidieron un aumento extraordinario en los precios internacionales del petróleo y la certeza de que México poseía enormes reservas de ese hidrocarburo. Por lo tanto, no se necesitó mucha imaginación ni gran voluntad política para revivir el proyecto de Alemán, diluyendo sus contradicciones en un mar de dólares y petróleo. El director de Pemex en esa época revivió la utopía alemanista al proponer que "está en nuestras manos iniciar el despegue. Dejemos atrás la época de los proyectos tímidos y pequeños, lanzándonos a una existencia nacional plena..." Desafortunadamente, el voluble mercado internacional volvió inesperadamente la espalda al proyecto mexicano, y la nación, que en su momento de gloria Díaz Serrano veía "segura de su destino", se encontró de la noche a la mañana sumida en una crisis peor que aquella que se había pretendido superar.

★

**P**ARA 1982, la tormenta que azotaba a la nave del Estado mexicano hizo exclamar a quien la conducía que, pese a todo el timón estaba seguro, pero nadie le creyó. Ahora, a tres años de distancia, todo indica que el sucesor de López Portillo ha logrado, efectivamente, asegurar el timón. La izquierda está tan débil que simplemente se ha eclipsado. Sólo la derecha panista pretendió aprovechar la tormenta

para disputar el derecho al timón, pero por buenas y malas artes pudo ser derrotada en el campo que ella había elegido para desafiar a la clase política priista: el de las elecciones. En efecto, a estas alturas no hay alternativa al PRI o mejor dicho, al feroz presidencialismo que por tanto tiempo nos ha dominado. Lo que ha sido seguirá siendo, al menos por ahora.

Sin embargo, la tormenta no amaina. El timón parece estar firmemente en las manos del capitán, pero todo indica que el rumbo se ha perdido. Nadie ha propuesto un proyecto coherente y de largo alcance que sustituya aquel que Alemán diseñó y puso en marcha. Por ahora, pareciera que el poder no tiene otro propósito que mantener la nave del Estado a flote para salvarse a sí mismo, pero sin saber a donde deberá conducirnos. Sin meta vamos a la deriva. Necesitamos una política de fines y no sólo de medios. Es imperativo tener una meta que vaya más allá de la salvación inmediata, ¿pero dónde están los estadistas que puedan hacerlo?